

mont que con su ejército ocupase las orillas del pequeño río de Essonne, posición de la mayor importancia si llegaba el caso de arrojar de París á los aliados. Aquel mismo día, el rey de Prusia, el Czar y el príncipe de Schwartzberg hicieron su entrada en París.

En la noche de la víspera se publicó una proclama de los aliados sumamente halagadora para los parisienses. «Los monarcas aliados, — se decía en ella, — tratan de buscar de buena fe una autoridad salvadora para Francia que pueda cimentar la unión entre todos los pueblos y entre todos los gobiernos. A la ciudad de París toca el acelerar el momento de la paz universal... Pronúnciese, pues, en tal sentido y desde este momento el ejército que la sitúa será el firme sostén de sus decisiones.» No cabe dudar de que estas líneas habían sido dictadas por la coalición interior, hostil al gobierno y adicta en absoluto á los Borbones.

Los aliados no hicieron su entrada triunfal en París sin cierto temor. El pueblo estaba silencioso y le costaba trabajo contener su indignación; pero los realistas, dejándose llevar de la alegría que les causaba la caída de Napoleón y la esperanza de la exaltación de Luis XVIII, olvidaron toda idea de patriotismo y recorrieron el barrio de San Germán y la plaza de la Concordia lanzando aclamaciones y gritos de: «¡Viva el Rey!» Cuando la comitiva de los vencedores, á cuyo frente iba Alejandro, entre el rey de Prusia y el príncipe de Schwartzberg, apareció en los bulevares, los realistas, agrupados cerca de la Magdalena, mezclaron á los gritos de «¡Viva Luis XVIII!» los de: «¡Viva Guillermo, viva Alejandro!» No se limitaron á esto; vióse á la hermosa condesa de Perigord, más adelante duquesa de Dino, pasearse á la grupa de un cosaco. Un duque subió á la columna Vendome, y atando cuerdas á la estatua del Emperador, hizo tirar de ellas á algunos miserables, á los cuales arrojaba puñados de monedas, y después por medio de caballerías; la estatua, sin embargo, no pudo ser arrancada de su sitio.

Era esto un triste espectáculo. Alejandro y sus aliados se honraban conteniendo los accesos de que los mismos Franceses daban ejemplo; pero no fué ésta la última vez en que los dolores de la patria debían trocarse en motivo de alegría para los partidos políticos, y, sin embargo, tanto á los que intentaron destruir la columna en 1814

como á los que la destruyeron en 1871, podían aplicárseles los versos de Víctor Hugo:

Vous vous êtes trompés, comme se trompait Rome.
Ce que vous avez pris pour la gloire d'un homme
C'est la gloire d'un peuple, et c'est la vôtre, hélas (1)!



Talleyrand-Perigord. (Cuadro de Ary Scheffer reproducción fotográfica de Braun)

Los monarcas aliados pudieron convencerse de que la opinión nacional no se inclinaba ciertamente en favor de la antigua dinastía; el grito de «¡Viva Luis XVIII!» no pudo hallar eco entre el pueblo. No hay que creer que la coalición se propusiese siquiera en su origen, ni

(1) «Os engañásteis como se engañó Roma. — ¡Lo que habéis tomado por la gloria de un solo hombre — es la gloria de un pueblo, es la vuestra, desgraciados!»

de un modo secundario, la restauración de los Borbones; Alejandro, que había sido tratado, según su propia frase, «como un advenedizo» por Luis XVIII, á quien concedió hospitalidad en sus dominios; Alejandro, que había visto que el príncipe, á quien pagaba una pensión, declinaba el honor del casamiento del duque de Berry con una princesa rusa, no quería á los Borbones. El emperador de Austria, cuando menos oficialmente, no podía desear el destronamiento de su yerno, y respecto á Inglaterra, en el mes de Marzo se encontraba tan indecisa acerca de este punto, que Wéllington, dueño de Burdeos, protestó oficialmente contra la proclama en la que el alcalde Lynch y el duque de Angulema habían afirmado que los monarcas aliados habían tomado las armas con el único objeto de restaurar en Francia la monarquía legítima, y declaró que los aliados no trataban de imponer á Francia ningún gobierno, ni siquiera el de los Borbones. Si Prusia se mostraba, en cambio, más favorable á ellos, es porque creía que, en igualdad de circunstancias, esta solución era la más perjudicial para Francia. Los príncipes de la coalición pensaron encargar el gobierno de Francia, no sólo al hijo de Napoleón, sino á Bernadotte, al duque de Orleans, el antiguo general de Jemmapes, y hasta á última hora se creyó que Napoleón II sucedería á Napoleón. La misma madama de Stael era partidaria, en 1814, de la regencia de María Luisa, en nombre del rey de Roma, como la solución más conveniente para el honor é independencia de Francia (1).

Pero el emperador Alejandro, rodeado, mejor dicho, asediado por los realistas, y que se alojó en el palacio del príncipe de Talleyrand, que con sus adulaciones contribuyó á que Marmont firmase la capitulación de París, permitió que se publicase en 31 de Marzo una proclama, en la que se declaraba que Europa no entraría ya más en tratos con Napoleón ni con ningún individuo de su familia, encargándose al Senado el nombramiento de un gobierno provisional. Para cumplir este encargo, Talleyrand convocó en las Tullerías, en la noche del 31 de Marzo al 1.º de Abril, á todos los senadores que la regencia debía haberse llevado consigo, pero que, ante la expectativa de una catás-

(1) Véase la correspondencia de Sismondi con madama de Albany, publicada por Saint-René Taillandier.

trofe definitiva, se habían quedado en París. Todos ellos eran revolucionarios y no alcanzaban á constituir la mitad del Senado, á pesar de lo cual Talleyrand les hizo nombrar un gobierno de cinco miembros, que fueron: el general Beurnonville, el senador conde de Jaucourt, el abate Montesquiou, Dupont de Nemours y Roux-Laborie. Este gobierno se apoderó de todos los ministerios, ¡incluso el de Comunicaciones, que se confirió á Bourrienne. Casi todos los periódicos, incluso el *Journal des Débats* (antiguo *Diario del Imperio*), pasaron á poder de los realistas, quienes se apresuraron á colmar de calumnias é injurias al gobierno imperial.

El día 2 de Abril el Senado proclamó el destronamiento del Emperador y de toda su familia, publicando además una lista de las quejas que habían motivado tal medida. Parece un sueño ver á los senadores señalar como delitos actos que habían sancionado con sus votos, siempre dóciles y entusiastas. El gobierno provisional dirigió á su vez en 4 de Abril una proclama al pueblo francés, en la cual condenaba el despotismo imperial y proponía la restauración de los Borbones. «Habéis cifrado todas vuestras esperanzas en Napoleón,—se decía en ella,—y estas esperanzas han salido fallidas. Sobre las ruinas de la anarquía había fundado únicamente el despotismo; no creía más que en la fuerza, y por un justo destino, la fuerza hunde hoy su ambición insensata... Hemos sido testigos de los excesos de la licencia de las masas y después de los del absolutismo. Restablezcamos la verdadera monarquía, limitando con prudentes leyes los poderes que la constituyen.»

Mientras se sucedían estos acontecimientos en París y se consumaba la caída del trono imperial, Napoleón continuaba en Fontainebleau, rodeado de su ejército, que se le había reunido entre el Essonna y esta población, formando un total de más de 50.000 hombres. La oficialidad joven y los soldados se mostraban verdaderamente entusiasmados para marchar sobre París, donde los aliados no estaban tranquilos mientras Napoleón estuviese tan cerca al frente de fuerzas más ó menos considerables; meditaron ponerse á cubierto de cualquier ataque imprevisto de su genio y hasta llegaron á tratar de retirarse á Meaux. Pero como, por otra parte, no estaban muy seguros de la actitud de los parisienses y comprendían que sólo habían sido bien reci-

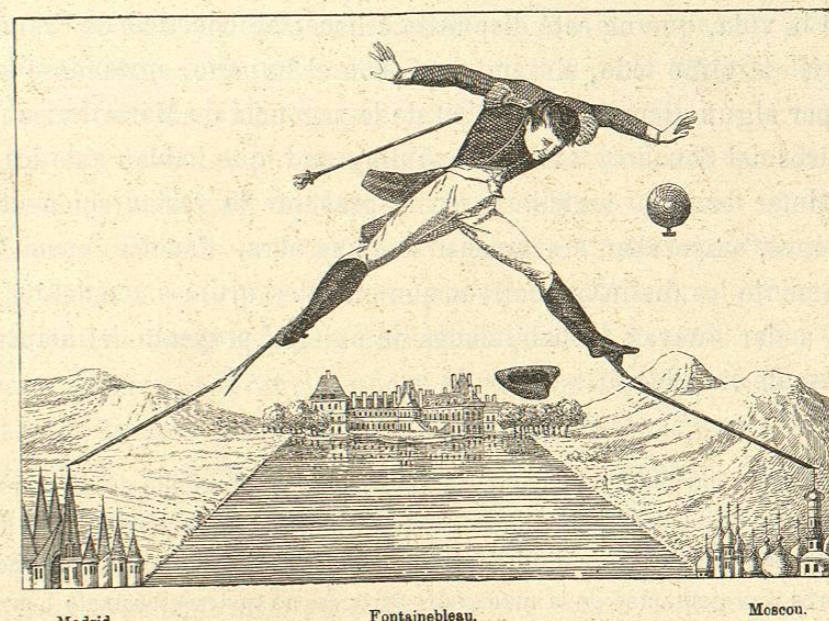
bidos por la clase menos numerosa, la que no levanta nunca barricadas, mantenían secretas relaciones con los generales, por cuya parte obtuvieron buen resultado.

El día 4 de Abril Napoleón dió á conocer al ejército su plan para intentar un ataque á París, que fué acogido con entusiasmo; pero así que regresó á palacio se le presentaron los mariscales Ney, Lefebvre, Oudinot y Macdonald, y le manifestaron abiertamente que su proyecto era irrealizable, llegando alguno de ellos á insultarle.

Napoleón, ante tal actitud, se decidió á firmar su abdicación, mediante la promesa de que sería proclamado su hijo. Así, pues, Caulaincourt, Ney y Macdonald pasaron á París para sostener la causa de Napoleón II. En Essonne debía reunírseles el duque de Ragusa, que se excusó de hacerlo manifestándoles que estaba en tratos con Schwartzberg, pero que, sin embargo, ante sus vivas instancias accedió á acompañarles en su visita al emperador Alejandro. Los mariscales y Caulaincourt sostuvieron la causa de Napoleón II en nombre del ejército, demostrando que éste no deseaba ninguna otra clase de gobierno y merecía que se accediese á sus ruegos, que el nieto del emperador de Austria ofrecía toda clase de garantías á Europa. Tal vez hubieran logrado sus propósitos cuando, durante la discusión que con este motivo se entabló entre el Czar y el rey de Prusia, llegó un oficial ruso á participar á ambos monarcas que el ejército de Marmont acababa de sublevarse y había abandonado sus fuertes posiciones de la confluencia del Essonne. El Czar contestó entonces á los mariscales que los aliados conocían perfectamente los deseos del ejército, que estaba muy lejos de ser unánimemente adicto al Imperio, pues precisamente en aquel mismo momento una gran parte de él había abandonado á Napoleón. Los embajadores se retiraron consternados.

Lo ocurrido fué que Marmont se había comprometido el día 3 de Abril, víspera de este suceso, con el príncipe de Schwartzberg, á abandonar la fuerte posición del Essonne, compromiso que conocía su estado mayor, que lo había aprobado. Al acompañar á París á los emisarios de Napoleón no dió ninguna orden, y Souham, que le substituía en el mando, creyó que todo se había descubierto cuando los ayudantes de Napoleón fueron á decirle que se presentase Marmont ó en su defecto el que le reemplazaba en el mando. Souham, temiendo ser

arrestado si iba á Fontainebleau, se puso de acuerdo con sus compañeros y en la noche del 4 al 5 marchó con su ejército hacia Versalles. Esta noticia fué la que decidió á los monarcas aliados á rechazar la regencia de María Luisa. Marmont, al tener noticia de este movimiento, verificado durante su ausencia, demostró la más violenta desesperación; pero Talleyrand y los jefes realistas procuraron calmar sus remordimientos á fuerza de elogios, y, por fin, aceptó la responsabilidad de esta traición, presentándose en Versalles para apaciguar á



De alto abajo— ó las causas y los efectos. (Caricatura de la época)

sus tropas, sumamente indignadas por haber sido engañadas por sus jefes, pues al abandonar el Essonne creían marchar contra el enemigo. No entraremos en las discusiones que ha promovido la conducta del duque de Ragusa, remitiendo á nuestros lectores principalmente á la obra de M. Rapetti: *La traición de Marmont*. Diremos tan sólo que la disciplina militar no admite distinciones casuísticas. Cuando Marmont, en 1830, mandaba disparar sobre los amotinados en las calles de París, el pueblo gritaba: « ¡Marmont paga ahora sus deudas ! »

Al tener noticia de esta última traición, el Emperador publicó una orden del día, en la cual se quejaba por vez primera del Senado y de los traidores. Mostrábase todavía animado y trataba de retirarse